

Intercambio Epistolar sobre Ética y Política

La guerra, la política y la ética Reflexiones sobre una Carta

Carlos Antonio Aguirre Rojas

Febrero del 2011:

Don Carlos: Saludos. Le estoy adjuntando la primera carta en un intercambio epistolar sobre Ética y Política. Queremos invitarlo a que se sume y aporte sobre este tema. Un abrazo. SupMarcos.

(Agradezco la invitación del SCI Marcos para participar en este intercambio sobre un tema vital como es el que trata en su carta a don Luis Villoro)

“Y de esto es precisamente de lo que se trata, de que la palabra vaya y venga (...) y no importa si alguien la recoge y la lanza de nuevo (que para eso son las palabras y las ideas)”.

(SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS,
APUNTES SOBRE LAS GUERRAS, FEBRERO DE 2011)

El contexto de un intercambio epistolar

El texto del Subcomandante Insurgente Marcos titulado “Apuntes sobre las guerras”, y destinado a iniciar un intercambio epistolar con Luis Villoro pretende, explícitamente, suscitar una reflexión más detenida que nos ayude a entender “lo que ocurre actualmente en México y el mundo”. Y ello, en particular, desde el singular observatorio de los vínculos que se establecen entre la política y la ética, entre la ética y la política y, por lo tanto, desde el emplazamiento de cómo ahora vivimos y asumimos a ambas dimensiones de la realidad, y también de cómo desde allí se generan las resistencias sociales en general y la resistencia neozapatista en particular.

Entonces, para ubicar la relevancia de este texto, es importante recordar brevemente la historia inmediata anterior que lo precede y, desde ella, las circunstancias en las cuales, ahora, él aparece. Porque después del rápido y enorme éxito que tuvo la iniciativa de La Otra Campaña, durante los años de 2006 y 2007, y como respuesta a la imponente construcción de una vasta Red Nacional de múltiples rebeldías que se articularon en esa Otra Campaña, el gobierno de Felipe Calderón no encontró otra salida que la de multiplicar e incrementar considerablemente el ataque y la agresión a las bases de apoyo y a las comunidades indígenas neozapatistas del estado de Chiapas, hostigándolas, simultáneamente, a través de varios partidos políticos (entre ellos el PRD de Chiapas), de la acción contrainsurgente e hipócrita del gobierno estatal chiapaneco, del incremento de tropas y acciones militares del ejército federal, y de la acción cada vez más abierta y provocadora de los grupos de paramilitares como la OPDDIC y similares.



De este modo, en diciembre de 2007, los compañeros neozapatistas decidieron replegarse en sus territorios originales, para reorganizar a sus bases de apoyo y para reorganizar a todas las comunidades neozapatistas, de manera que estuviesen preparadas para hacer frente y responder, como fuese necesario, a esa nueva y criminal ofensiva gubernamental. Con lo cual, el proceso que ya se había iniciado, de la discusión y construcción, desde abajo y a la izquierda, del Programa Nacional de Lucha, que deberá surgir de los debates de los cientos y miles de movimientos, colectivos, grupos e individuos que conformamos a La Otra Campaña, quedó en ese momento semipostergado y semisuspendido, al abrirse un compás de espera que, sólo interrumpido por el Primer Festival de la Digna Rabia de enero de 2009, marcó un periodo de tres años que, esperamos, concluye ahora con esta carta, y con este esfuerzo de reflexión sobre lo que hoy acontece en nuestro país y en todo el mundo.

Y si bien durante estos tres años, La Otra Campaña prosiguió su paciente trabajo de continuar desplegando múltiples luchas locales y regionales, y de seguir tejiendo y manteniendo esa multicolor y diversa Red Nacional Anticapitalista de movimientos y organizaciones que luchan abajo y a la izquierda, en cambio, el trabajo sobre la construcción del Programa Nacional de Lucha disminuyó considerablemente, o a veces incluso, hasta se suspendió completamente.

Por eso, es significativo que este intercambio epistolar, destinado a reflexionar sobre la situación presente de México y del mundo, gire conscientemente en torno a la relación entre ética y política. Porque, en nuestra opinión, es desde esta relación que puede fundarse adecuadamente la actividad de *La Otra Política* que ha sido reivindicada y promovida por La Otra Campaña, Otra Política que, retomando la construcción del Programa Nacional de Lucha y la rearticulación del movimiento nacional anticapitalista de La Otra Campaña, reanudará muy pronto, esperamos, con nueva fuerza y energía, el proceso interrumpido hace poco más de tres años. Lo que, creemos, vuelve importante el pronunciarse sobre esta carta reciente, escrita por el Subcomandante Insurgente Marcos.

Guerra y política en el siglo XXI

“Y en ese momento, invertiríamos la proposición de Clausewitz y diríamos que la política es la continuación de la guerra por otros medios”.

(MICHEL FOUCAULT, PRIMERA LECCIÓN DEL CURSO EN EL COLLÈGE DE FRANCE, ENERO DE 1976)

Leyendo las reflexiones contenidas en el texto “Apuntes sobre las guerras”, viene a la mente de inmediato la tesis que Michel Foucault ha postulado, invirtiendo la clásica sentencia de Karl Clausewitz, en su libro *De la Guerra*, para afirmar que “la política es la continuación de la guerra por otros medios”. Porque si en el fundamento de todas las sociedades capitalistas contemporáneas —para limitarnos solamente a este único ejemplo—, lo que existe es una clara y descarnada guerra entre las clases opuestas principales de esta sociedad, entonces una de las funciones centrales de la política capitalista será precisamente la de prolongar, encubriéndola y atenuándola, esa guerra fundante entre explotadores y explotados, entre opresores y oprimidos, entre clases y grupos hegemónicos, y clases, grupos y sectores subalternos de esta misma sociedad capitalista.

Por eso, Foucault afirma que la política es una suerte de “guerra silenciosa”, o de forma moderada, presentable y más o menos soportable de dicha guerra o lucha de clases fundante y originaria. Tesis provocadora y sugestiva del autor de *Las palabras y las cosas*, que en nuestra opinión es fácilmente compatible con la concepción de Marx sobre la centralidad estructural y sobre el carácter fundante de la lucha de clases en la época capitalista, y que tampoco se aleja demasiado de la tesis sostenida por Walter Benjamin, cuando en su texto *Sobre el concepto de historia* afirma que “la tradición de los oprimidos nos enseña que el ‘estado de excepción’ en que ahora vivimos, es en verdad la regla”.

Entonces, si la política capitalista ha sido, durante cinco siglos, este avatar mistificador y dulcificado de la verdadera guerra, debemos entonces preguntarnos por qué y en qué condiciones esa política ha vuelto a cobrar, en los tiempos recientes, su forma originaria de guerra abierta y

descarnada. Y la respuesta a estas preguntas, según nuestro punto de vista, está en un doble proceso que a partir de la coyuntura iniciada con el doble quiebre de los años de 1968 y 1973, y desplegada hasta el día de hoy, vive la humanidad toda y el entero sistema mundial capitalista, doble proceso de la crisis terminal del capitalismo mundial, pero también y más allá, entre otros procesos fundamentales subyacentes a dicha crisis terminal, el proceso de la *muerte* misma de la actividad humana de la *política*.

Pues como Marx lo afirma en *La miseria de la filosofía*, con el fin del capitalismo termina también el más largo ciclo de la historia de las sociedades divididas en clases sociales, y con ello, termina también la lucha de clases misma como principio estructurador y organizador de las sociedades humanas. Pero al concluir la lucha de clases, y al desaparecer con ello las clases sociales mismas, desaparecen también el Estado y los partidos políticos, e igualmente las clases políticas de todo tipo, junto con la entera superestructura política en su conjunto. Con lo cual, lo “político” se extingue para siempre, para ser nuevamente reabsorbido por lo social, espacio del cual se derivó parasitariamente hace 2 mil 500 años, y del cual se terminó autonomizando poco a poco.

De modo que al entrar en esta etapa de la crisis terminal del capitalismo, entramos simultáneamente en la etapa de la crisis, también última y definitiva, de la política en tanto forma de expresión deformada y parasitaria de lo propio social, y en tanto actividad humana en general. Y naturalmente, si asumimos que el capitalismo ha entrado en su etapa terminal, eso *no* significa que colapsará por sí mismo, ni tampoco que debemos sentarnos a esperar para mirar el paso de su cadáver, sino más bien que nuestra tarea de lucha se duplica y se hace más compleja, pues ahora no sólo debemos luchar para destruir y enterrar a este capitalismo que todavía padecemos a nivel mundial, sino también luchar para empezar a generar, aquí y ahora, los gérmenes de los nuevos mundos y de las nuevas relaciones sociales con las que habremos de sustituir a ese capitalismo hoy en crisis.

Por eso, es quizá esta doble crisis terminal, del capitalismo como sistema histórico y de la política como forma clasista autonomizada de expresión del propio poder social, la que explica el hecho de que, en los lustros más recientes, la política empiece a degradarse y a descomponerse por todas partes, oscilando, según las circunstancias histórico-concretas de cada país, entre su forma cruda y descarnada como guerra directa entre las clases y los grupos sociales, y su antigua forma, cada vez menos creíble y cada vez más inestable, de guerra silenciosa, atenuada y hasta cierto punto aún tolerable y presentable. Es decir, que la política oscile, rápida e inestablemente, desde el guerrerismo descarnado de Bush hasta las guerras hipócritas de Hillary Clinton y Barack Obama, o desde el belicismo ridículo de Silvio Berlusconi o José María Aznar, al belicismo vergonzante y atenuado de Romano Prodi o de José Luis Zapatero.

Oscilación constante y caótica, que en el caso de México se singulariza, además, de un lado por el monumental fraude electoral de 2006 y por la concomitante ilegitimidad absoluta de Felipe Calderón y, por el otro, por la creciente ebullición social contestataria y rebelde de las clases subalternas mexicanas, las que lenta pero sostenidamente, han ido madurando una situación que hoy es sólo comparable a las vísperas de 1810 y a las vísperas de 1910, es decir, a una situación de un cercano e inminente estallido social de grandes proporciones.

Así, la actual guerra de Felipe Calderón es en verdad *dos* guerras simultáneas, o tal vez una sola guerra, pero desplegada en dos frentes que son muy diferentes entre sí. El primero es el de la guerra en contra del pueblo mexicano, pueblo digno y rebelde, que hoy se organiza en el movimiento pacífico nacional anticapitalista de La Otra Campaña, preparándose con atención y cuidado para la muy cercana llegada del año del 2010 *histórico*, que no cronológico. Año de 2010 histórico, en que el reloj mexicano habrá de ponerse al día con el actual reloj latinoamericano, en donde los movimientos sociales de los años recientes derrocan ya pacíficamente Presidentes y gobiernos ilegítimos y antipopulares, hoy todavía para dar paso a los tibios gobiernos socialdemócratas de Lula, Hugo Chávez, Evo Morales o Rafael Correa, pero muy pronto, mañana, para instaurar nuevos gobiernos que realmente ‘manden obedeciendo’ desde la lógica del verdadero *autogobierno popular*.

Primer frente de la guerra de Calderón, contra todas las clases y grupos subalternos de México, que explica el porqué de la extendida criminalización de la protesta social, y también la sistemática política de difusión del miedo entre la población en general, en el ánimo de inhibir el creciente descontento y la cada vez mayor organización de los pueblos de México, que se hace evidente en las recientes experiencias de Atenco y de la APPO en Oaxaca, y de Chiapas desde 1994, pero también de los nuevos Chiapas, Oaxacas y Atencos que ahora mismo germinan en toda la geografía mexicana, y que muy pronto habrán seguramente de irrumpir en la escena nacional.

Pero también, un segundo frente de la guerra actual de Felipe Calderón, o tal vez una segunda guerra, es la que libra frente a otros sectores de las clases dominantes, en un contexto en el que la dominación de clase misma empieza a desmoronarse, llegando a la situación prevista por Lenin de que “los de abajo ya no quieren vivir al modo antiguo, y los de arriba ya no pueden mantener y reproducir ese modo antiguo de la dominación”. Contexto de crisis profunda de los mecanismos de dominio sobre las clases subalternas, en el que, además, los diversos sectores o fracciones de esa clase dominante mexicana se disputan abiertamente el control del negocio hoy más rentable en México, y también en otras muchas partes del mundo, que es el negocio del tráfico ilícito de drogas, en nuestro caso, desde Sudamérica hacia Estados Unidos y hacia Europa.

Ya que detrás del verdadero baño de sangre en el que Calderón ha hundido a todo México, lo que se despliega también es la lucha por la construcción de un posible *monopolio* único y centralizado, como todo monopolio, para el despliegue de dicho tráfico ilícito de drogas. Y si en la Edad Media, como lo ha explicado bien Norbert Elías, los muchos príncipes lucharon entre sí dentro de un cruento y radical proceso de selección y afirmación del más fuerte de todos ellos, luego convertido en Rey, y el que desde su principado construyó la entonces emergente nueva nación, subordinando e integrando a todos los príncipes y principados vencidos, así, ahora todos los cárteles mexicanos de la droga pelean entre sí, para intentar dirimir a quién de ellos le podría corresponder, eventualmente y en el hipotético caso de que esta lucha pueda realmente conducir a ello, ese monopolio exclusivo de los circuitos

comerciales del narcotráfico que atraviesan por los territorios y por las aguas de nuestro país.

Lucha o competencia “intercapitalista” entre los distintos cárteles mexicanos, que no se libra solamente a nivel social, práctico y militar, sino también *desde* el Estado, *dentro* del Estado y *a través* de los distintos niveles, corporaciones, grupos y esferas del entero aparato estatal mexicano. Lucha extremadamente violenta, sangrienta y descarnada, verdadera guerra sin cuartel, que es el segundo frente de la guerra de Felipe Calderón en tierras mexicanas.

Y si la política actual está en su crisis terminal, oscilando entre sus formas “decentes” y “presentables”, y del otro lado, sus formas descarnadas y crudas como guerra abierta y directa, esa crisis se expresa entonces en *todos* los niveles y en todos los sectores que componen a dicha política contemporánea, permitiéndonos comprender fenómenos mundiales, también presentes en México, como los de los gobiernos deslegitimados y totalmente divorciados de sus poblaciones, lo que hoy se ejemplifica clamorosamente en todo el mundo árabe, pero también y cada vez más en Europa, y desde hace tiempo en América Latina, etcétera. Y esto, junto al desarrollo de lo que Immanuel Wallerstein ha llamado un claro ‘antiestatalismo difuso’, que hace que el conjunto de las poblaciones del planeta desconfíen cada vez más de sus respectivos Estados, y de su disfuncional acción, lo mismo que de las posibilidades de obtener de ellos nuevas conquistas o nuevas demandas, lo que más allá de los gobiernos, deslegitima también a la propia institución estatal en todo el mundo.

Pero, igualmente, y más allá de esa crisis de los gobiernos, y también y en un segundo nivel de los Estados, se da una descomposición y degradación generalizada de todas las clases políticas del mundo entero, lo que en México se hace patente con la vergonzosa contrarreforma indígena del año de 2001 y que, por ejemplo, en Argentina, dio lugar al emblemático grito de “¡Que se vayan todos!”, referido precisamente a todo el conjunto global de la clase política argentina. Finalmente, y más allá de la crisis de estos tres niveles, se da también la crisis del poder político mismo y, sobre todo, el cuestionamiento radical de la separación entre poder social y poder político, cuestionamiento que avanza por múltiples vías, y que en términos positivos ha producido el hecho de que dicha separación comience ya a ser quebrada y superada, por ejemplo, en las recientes experiencias de las Juntas de Buen Gobierno neozapatistas, o en los Asentamientos de los Sin Tierra, o también en los barrios piqueteros genuinamente autonomistas de Argentina, entre otros casos.

Con lo cual, y a partir de esta múltiple crisis de los cuatro niveles de la política o de lo político, es que puede comprenderse también el hecho, señalado en su momento por Antonio Gramsci, de que en las condiciones actuales, la hegemonía política de las clases dominantes se tambalee, y su centro de gravedad bascule, en general, desde su apoyarse sobre todo en el consenso, hacia su apoyarse ahora más bien en el crudo y brutal dominio.

De este modo, y al moverse todas las clases políticas del planeta hacia una situación cada vez más cercana a la de una “dominación sin hegemonía”, según el célebre título del libro de Ranajit Guha, provocan que el consenso y la fabricación del consenso se transformen también radicalmente, al volverse más frágiles, más efímeros, más instrumentales, y mucho más puramente funcionales. Por eso, la filosofía y la ideología pueden ahora ser sustituidas por el trabajo de los medios de comunicación masiva, los que ya no tienen la encomienda de crear, como era antes, consensos estables y más o menos duraderos y válidos para periodos de diez, veinte, treinta o cincuenta años, sino que ahora sólo deben fabricar consensos rápidos y efímeros, e incluso les basta, en ocasiones, con fabricar la aceptación pasiva momentánea pero suficiente de las grandes mayorías, para que dejen pasar sin gran reclamo tal o cual agravio, o tal o cual error de las clases dominantes.



Se trata entonces de la creación de un “consenso” efímero o puramente funcional, válido exclusivamente para una sola acción, o si acaso, para una breve coyuntura de meses o de unos pocos años, como lo ilustran, a nivel mundial, la justificación de la invasión a Irak, o más recientemente, el manejo de la crisis de finales de 2008, que pretende hacernos creer que la misma ha terminado, cuando se encuentra apenas en sus verdaderos inicios, y también a nivel de México, como lo ilustran cada campaña electoral en turno, o las represiones en Atenco o en Oaxaca en el año de 2006, o actualmente, el vergonzoso y descarado encubrimiento y ocultamiento de la guerra de alta intensidad, del gobierno de Chiapas y del gobierno federal, en contra de las dignas comunidades indígenas neozapatistas.

Los límites de la guerra: la resistencia y la ética

“El guerrero debe existir para el bien de la humanidad, para eso vive, para eso muere”.

(ELÍAS CONTRERAS, *LA ÉTICA DEL GUERRERO*,
CIRCA 2006)

La guerra es sin duda un negocio redondo para los fabricantes de armas, es decir, para el complejo industrial-militar de Estados Unidos, y también de Inglaterra, de Francia, etcétera. Y también la destrucción de un país es un buen negocio para aquellos que quieren apoderarse de su territorio y reordenarlo a su manera y según sus intereses.

Pero también, y más allá de ese complejo industrial-militar, la guerra no es tan buen negocio para la industria trasnacional no militar. Por eso a George Bush le sucede, rodeado de falsas ilusiones, Barack Obama, mientras Tony Blair es reemplazado, sin ilusión alguna, por Gordon Brown. Porque el límite último de las guerras, en buena lógica capitalista, se activa en el momento en que las pérdidas comienzan a rebasar a las ganancias. Y entonces, la guerra por el control de una nación se dificulta, cuando las “bolsas negras” de los cadáveres propios rebasan el umbral de lo aún tolerable para la mayoría de la población de la propia nación agresora.

O también, cuando la lucha intercapitalista por el control monopólico de un jugoso negocio, por ejemplo el tráfico ilícito de drogas, empieza a amenazar



con el posible resultado de la total aniquilación de *todos* los bandos en pugna. E igualmente, cuando la guerra de la clase dominante en contra de las clases oprimidas, arriesga quebrar todo equilibrio posible, y desencadenar sin freno la respuesta radical y organizada de las ‘multitudes plebeyas’.

Y si bien es todavía cierto que el penúltimo capitalista habrá de vender la soga que se usará para ahorcar al último capitalista, también es claro que hoy, en México, un sector cada vez más grande de la propia clase dominante, de los empresarios y de los ricos mexicanos, está ya harto de la guerra de Felipe Calderón, y considera absurda su estrategia sangrienta para encarar las disputas intercapitalistas e interclasistas de esa misma clase dominante nacional, y también su guerra de criminalización absoluta de toda forma de la protesta social.

Por otra parte, el límite de la perpetua guerra de clases y de los agravios, velados o abiertos, atenuados o descarnados, de la clase dominante hacia las clases subalternas, ha sido siempre y

continúa siendo ahora el de la resistencia popular. Resistencia de las clases subalternas que, lo mismo en México que en América Latina y en el mundo todo, crece día a día como una cada vez más vasta digna rabia mundial, organizándose cada vez más, lo mismo en La Otra Campaña, que en los movimientos genuinamente antisistémicos de toda América Latina y de todo el mundo.

Por eso, frente a la crisis terminal de la política capitalista actual, y frente también a la descomposición progresiva evidente de la política misma en general, es a resistencia popular que se contraponen y reivindica una *Otra Política*, una política muy otra, que en el fondo y en nuestra opinión, no es más que una forma histórica de transición hacia la completa extinción y desaparición de toda política posible, hacia la muerte de la política, sea bajo su forma endulzada y todavía presentable, sea bajo su modalidad guerrera o descarnada, y también hacia la completa reabsorción de dicha política y de sus funciones legítimas, por parte del poder social y de la esfera misma de lo social en general.

Otra Política que, naturalmente, sólo puede existir si se vincula nuevamente con la *ética*. Porque la política misma, en su largo recorrido secular y milenarista, desde los viejos tiempos de la antigua Grecia y hasta hoy, fue poco a poco adoptando su carácter de política *clásica*, al mismo tiempo en que se autonomizaba de lo social y se convertía en una actividad cada vez más funcional, pragmática e instrumental. Y este proceso, que separa a la política de la sociedad, también la divorcia en gran medida de los criterios sociales, de los principios éticos y de las cosmovisiones culturales más generales, para hacer predominar en ella los criterios de eficiencia, los principios pragmáticos y las concepciones más prácticas e instrumentales.

Y estos procesos, que se despliegan en toda la historia de las sociedades divididas en clases sociales, se acentúan enormemente y alcanzan su culminación en la sociedad capitalista. Por eso, la política capitalista es una política pragmática, que piensa que es correcto elegir entre dos males, optando por el supuesto ‘mal menor’, siendo además una política alejada de la memoria y de la historia profundas, a las que degrada, para convertirlas en

simples herramientas legitimadoras de su hacer, como memoria e historia empobrecidamente *oficiales*, es decir, como memoria glorificadora del poder y como historia de los vencedores.

Además, y en esta misma lógica, esa política capitalista es una política lejana de la ética, de la moral y de la verdadera justicia, imaginando que es cierto que el fin justifica los medios, y postulando y defendiendo, que lo que no está explícitamente prohibido está permitido y es correcto. Política capitalista alejada de lo social, de la historia y de la ética, a la que naturalmente se contraponen *La Otra Política*, la que abiertamente reivindica su reconexión y su estrecho vínculo con lo social, con la memoria y con la historia, y también con la moral y con la ética.

Pero *no* con la ética cristiana ni con la moral religiosa, sino más bien, con la ética y con la moral *populares*, con lo que el historiador Edward Palmer Thompson llama precisamente la “economía moral de la multitud”. Una ética popular que es fruto del decantado y milenarista saber popular, saber que, por ejemplo, se expresa en los discursos y en las posiciones del Viejo Antonio, y que reproduce también los códigos principales de la cultura popular, tan brillantemente esclarecidos por Mijaíl Bajtin, códigos que establecen lo que desde el punto de vista de las clases subalternas es aceptable e inaceptable, pero también lo que es correcto e incorrecto, aquello que es ético y aquello que en cambio debe ser condenado éticamente.

Ética popular cuya brújula central es la del principio, alguna vez reivindicado por Mao Tse Tung, de “Servir al pueblo”. O también, lo que Elías Contreras plantea para la ética del guerrero, como el “existir para el bien de la humanidad”. Porque, si como lo planteó Engels, la ética y la moral son siempre construcciones históricas específicas y no principios generales de validez atemporal, entonces, en estas condiciones específicas de la crisis terminal del capitalismo y de la actual muerte de la actividad política, la ética que debe de alimentar a *La Otra Política* es precisamente la ética de servir al pueblo, de buscar su liberación y su emancipación definitivas, de perseguir el bien de la humanidad entera, y de estar dispuesto en aras de ello, a vivir e incluso también a morir.

Ética de las clases subalternas que, en esa misma línea de servir al pueblo y de buscar el bien de la humanidad, debe siempre anteponer el ‘nosotros’ al ‘yo’, superando el egoísmo posesivo capitalista y promoviendo, desde ahora y desde aquí, la reconstrucción de nuevos vínculos comunitarios y de nuevas formas de comunidad. Lo que, en los hechos, comienza ya a materializarse en las Juntas de Buen Gobierno neozapatistas, en algunos barrios piqueteros argentinos, en los Acampamentos y Asentamientos del movimiento brasileño de los Sin Tierra, o en algunas comunidades indígenas radicales de Ecuador o de Bolivia.

Moral y ética de los de abajo, que renuncia a las recompensas materiales, y también a los beneficios personales individuales, materiales o simbólicos, para sustituirlos por la sencilla “satisfacción del deber cumplido”, en una lógica que, una vez más, trata de trascender, aquí y ahora, la perversa lógica capitalista del tener y del poseer, para afirmar frente

a ella la lógica más profunda y duradera del ser. Lo que, igualmente, se concreta ya ahora en las distintas experiencias de los movimientos antisistémicos de América Latina recién mencionados.

Ética de los oprimidos, que habría aún que profundizar y desarrollar con mucha más amplitud, y que se expresa muy claramente, tanto en los siete principios de la “Ética del Guerrero” copiados en su libreta por Elías Contreras, como también en los siete principios del Buen Gobierno neozapatista. Principios ambos que, de manera directa, alimentan y articulan no solamente a La Otra Política neozapatista, sino también a la importante, digna y ejemplar resistencia de ese mismo neozapatismo mexicano, el que veintisiete años después y diecisiete años después, ni se rinde ni se vende, sino que, dignamente, todavía resiste y todavía contiene.

Ciudad de México, 7 de marzo de 2011.

